

El conflicto político argentino

Edgardo Mocca *

Mocca realiza un recorrido por las grandes líneas de pensamiento social y político que marcaron los sincronismos de la historia reciente en América Latina y reflexiona, particularmente, sobre el caso argentino.

Pensar hoy la política en términos argentinos es prácticamente indisoluble e indiferenciable de pensarla en términos regionales, en términos de la gran región latinoamericana; pero también de las microrregiones como América del Sur y el Mercosur. Para graficarlo, basta con observar la televisión y encontrarse con un espectáculo mediático de alta jerarquía política, que tiene que ver con una discusión de todos los mandatarios políticos de América del Sur en relación a la presencia militar de los Estados Unidos en Colombia.

Si hubiera que ilustrar el grado de interacción, de entramado que tienen las políticas nacionales con el espacio regional, alcanzaría con esa sucesión de episodios que hemos tenido en los dos últimos años; tales como la intervención del Grupo de Río cuando fue la penetración de tropas colombianas en Ecuador y la intervención del Unasur en defensa del gobierno boliviano cuando fue el proceso de desestabilización.

Hablar en términos regionales presupone hacerse cargo de una diversidad, de una heterogeneidad. Hablar de esta gran unidad que es América Latina tiene que hacerse en el contexto de esta gran diversidad que es la regionalidad, no sólo entre países sino en el interior de cada territorio; y también en el contexto de algunas cuestiones comunes históricas, culturales y políticas actuales.

Los países de América Latina nacieron como territorios independientes después de un proceso colonial, con un nivel de homogeneidad producto de la presencia central hispánica en gran parte de nuestra región y de nuestro continente. En términos contemporáneos, hay un factor paradójico de unificación que es la presencia en nuestra región de la principal potencia mundial: Estados Unidos. Esta unidad paradójica frente al otro, frente a los Estados Unidos y su política intervencionista en cada país de América Latina, explica la existencia de un fenómeno político que es la presencia de un fuerte espíritu “nacional”, de un fuerte espíritu de enfrentamiento con el imperialismo.

La tradición de nuestros países en torno a banderas clasistas, en torno a componentes ideológicos más vinculados a lo social, tiene un gran peso de lo nacional. Las ideas socialistas, de

izquierda y libertarias tienen en nuestros países una fuerte vinculación con lo nacional y con el firme rechazo al intervencionismo externo. Yo quería hacer un breve prólogo indicando una cuestión que llama mucho la atención de lo que podría llamarse el pensamiento social y el pensamiento político en América Latina y sus sincronías.

El desarrollismo y los golpes de Estado en Latinoamérica

Si tenemos que comenzar con el período de la posguerra, y particularmente con la década del 60, tenemos que decir que existía un debate simultáneo que abarcaba a todos nuestros países y que era la cuestión del desarrollismo. Salidos de la guerra, con una impronta optimista resulta de los procesos de liberación colonial, América Latina entraba a la década con el gran problema a resolver que era su desarrollo social y cómo lograr una base económica de prosperidad, que nuestra región no había tenido nunca en su historia.

Eran los tiempos del Plan Marshall aplicado por Estados Unidos en Europa y se lanzaba la Alianza para el Progreso de la administración Kennedy para América Latina, con la bandera de hacer de nuestros países –pobres, latifundistas, pre-modernos– naciones desarrolladas modernas, para lograr la prosperidad y la calidad de vida. Esta era la visión de la derecha del desarrollo.

La otra mirada del desarrollo se dio por llamar la Teoría de la dependencia, que venía a explicar que el problema del desarrollo no se solucionaba con una inyección de las fuerzas productivas, modernidad tecnológica y solución de algunos problemas de la distribución de la propiedad; sino que el problema del desarrollo en nuestros países estaba indisolublemente vinculado a la vulnerabilidad económica y a la dependencia de nuestras economías respecto del centro, particularmente de Estados Unidos.

Esta teoría tuvo una poderosa influencia en los circuitos intelectuales y un interesante entramado en el levantamiento político que también atravesó de forma homogénea a nuestros países. A fines de la década del 60 y principios de la década del 70 hay una sincronía, no solo en términos de debate ideológico político, sino en términos de climas políticos: un emblemático punto de referencia fue la Revolución Cubana. Sin la Revolución Cubana sería difícil de explicar la Alianza para el Progreso ni el auge de la Teoría de la dependencia ni mucho menos los levantamientos estudiantiles de la región.

La otra gran sincronía es la de los años 70, es la simultaneidad y homogeneidad de los golpes de Estado en toda la región latinoamericana. Estos golpes fueron inspirados por la llamada Doctrina de Seguridad Nacional, que se vinculaba directamente al clima de la Guerra Fría y a la concepción de Estados Unidos de que América Latina era el patio trasero de Norteamérica.

En tal sentido, a partir de la Revolución Cubana se empieza a dar una disputa en términos de procesos populares, en algunos casos a través de acciones violentas como el caso paradigmático

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 157 a 164 de la edición en papel.

del triunfo de la Unidad Popular en Chile, que marca el punto más alto del desafío al poder económico y político de nuestros países. Fue una década de dictaduras y de mucha interrelación entre ellas. Argentina, Uruguay y Chile tenían pactos de cooperación en la guerra llamada *anti-subversiva*, fueron años de un curioso modo de internacionalizar la política; y el modo dictatorial de internacionalizar la política fue internacionalizar la represión y la contrainsurgencia.

Las transiciones democráticas y el neoliberalismo

En los años 80 el clima general fue el de las transiciones a la democracia. Está envuelto en un clima cultural vinculado a la reflexión respecto al fracaso de las luchas revolucionarias de la década del 70, la revalorización de las democracias políticas y la defensa de la institucionalidad democrática y los derechos humanos. Para muchos teóricos el gran problema de América Latina fueron los regímenes presidenciales que dieron lugar a un tipo de lucha muy personalizada, muy polarizada, sin la suficiente administración del conflicto, de modo que no termine frustrando la vida democrática. En esa centralidad de lo institucionalidad pierden terreno los factores económicos y la idea de Estado.

En consecuencia, se sale de las dictaduras con una idea de que el Estado es el enemigo. El Estado es el que provocó el terrorismo, el que persiguió gente, el que redujo las libertades públicas, el que produjo el apagón cultural. Entonces, en este nuevo clima político cultural, se optó por pedirle al Estado solo la salvaguardia de los derechos y que no intervenga autoritariamente en los espacios personales. El caso argentino es un caso justo, el resultado de 1983 y la figura de Raúl Alfonsín en la recuperación de la democracia está asociada a la idea que el líder radical resumiera de un modo magistral, y que es: *con la democracia se come, se educa y se cura...*; es decir, la idea de que el orden político iba a dar soluciones a problemas viejos y nuevos como la inflación o la pobreza, etcétera.

Eso, en la práctica, terminó mal. Fue un proceso que abarcó a toda la región latinoamericana, ya que se produjo una crisis terminal de un modo o patrón productivo, producto de un déficit fiscal y de procesos inflacionarios y de endeudamiento que finalizan de forma traumática con hiperinflación –tal fue el caso de Argentina–. En la mayoría de los países, este proceso termina con la necesidad de ajustar sus economías y proceder a cambios que enganchen a esos países en una nueva época mundial que comienza con la caída del muro de Berlín. La década del 80 termina ahí.

A partir de esa época el nuevo lenguaje fue el lenguaje del ajuste, reformas estructurales, libertad de mercado, apertura de la economía, desaparición de la Guerra Fría y, en consecuencia, la generación de un orden unipolar –la Guerra del Golfo en 1991 lo va a poner en escena de un modo crudo y de un modo televisivo–. Como debate político de época se reflexiona acerca de cuáles son las condiciones

políticas apropiadas para producir las reformas estructurales de mercado. Esto, que parece un debate orientado a la corriente neoliberal, en realidad vinculó a muchos sectores del ala progresista. El neoliberalismo ya estaba instalado y no estaba en discusión; sí se discutía el tipo de aplicación que se hacía y su inserción en las políticas sociales.

Los nuevos gobiernos en la etapa post-neoliberal

Estamos en 2009 y podemos hablar de un nuevo tramo, mucho más complejo ya que lo estamos atravesando. Este tramo abarca a Chávez, Lula, Tabaré y Kirchner. A esta etapa se la puede denominar post-neoliberal, por un lado se habla de giro a la izquierda con la idea de igualdad, pero de ninguna manera existe una vuelta a los años 70 como muchos quieren hacer ver. La de hoy no es una izquierda anti-capitalista en la práctica, sino izquierdas de reformas, de caminos revolucionarios pero jalonados electoralmente.

No hay ni quiebre de las democracias y asalto al poder, ni presencia de una ideología única, ni una internacional que unifique todo. Son procesos que se van dando puntualmente de acuerdo a las circunstancias de cada país. No son izquierdas armadas ya que han adoptado inequívocamente y en común, normas democráticas para disputar el poder. En la mayoría de los casos son gobiernos que se defienden, desde la institucionalidad, de ataques y provocaciones desestabilizadoras que provienen de sus adversarios, en ningún caso hubo armamentismo.

No son izquierdas utópicas, sino izquierdas que se piensan así mismas gobernando y que el mismo proceso político las puso en el desafío de gobernar. En algunos casos se trata de fuerzas que no se reconocen en su condición de izquierdas. Hay una heterogeneidad muy grande, pero a la vez hay una comunidad de rasgos que muestran un sector político opuesto a las políticas del Consenso de Washington en la búsqueda de nuevos mecanismos de equilibrio y de reparación social.

Además de estos rasgos, comparten que no son revolucionarios fundamentalistas, no son armamentistas, son respetuosos de las libertades democráticas, no conforman un centro único a nivel regional ni mundial pero, además, tienen algo pragmático y político que los ha ido uniendo: una política de recuperación, para el Estado Nacional, de las fuentes principales de recursos de riquezas naturales. La discusión es cómo y si es posible que el Estado se apropie de una parte de la renta extraordinaria de los sectores más beneficiados de la situación económica.

En ese contexto, son gobiernos muy equilibrados en materia del gasto público y en materia de equilibrio fiscal. Tienen una gran obsesión por mantener el superávit, librando una lucha desesperada, en estos meses de gran crisis mundial, porque no se vaya al suelo lo que tanto trabajo costó.

Las “dos izquierdas” en América Latina

Luego de esta síntesis por estas etapas, podemos decir que la teoría social se ha puesto a mirar a estos nuevos sujetos, los nuevos gobiernos latinoamericanos, y ha incurrido en la costumbre de la clasificación, separando a dos tipos de izquierda en América Latina. Hay una izquierda moderada, moderna, sensible a los tiempos y respetuosa de la democracia: Lula en Brasil, Tabaré Vázquez en Uruguay y Michel Bachellet en Chile.

Y después hay una izquierda primitiva, atrasada, suspendida en el tiempo. Una izquierda borbónica que no aprende ni olvida el pasado, el llamado *fantasma del populismo*. Es decir, todo lo que no entra en la previsibilidad del establishment de cada país, aquellos que desafía aunque sea mínimamente las instituciones, los que tienden a crear relaciones de tipo directa entre liderazgo y masa, que no construyen partidos y tienen un manejo caudillista. Curiosamente en esta grilla de clasificación aparecen juntos dos casos que para mí son muy diferentes y que refutan el caso de homogenización: Venezuela y Bolivia.

Para la gente del Departamento de Estado y para estos teóricos, estos gobiernos son gobiernos populistas. Ahora, resulta que de las ciento de definiciones de populismo que existen en las Ciencias Sociales, no hay ninguna que ubique al populismo como una relación en tabla líder con su masa, con su pueblo, sin un grado de movilización articulada y organizacional de su masa que lo apoya.

Desde ese punto de vista, Bolivia no es populista; tiene un partido arraigado y tiene organizaciones sindicales, que incluso generan grandes problemas al liderazgo porque hacen exigencias de tipo corporativas que alteran los rumbos y los planes del liderazgo. En cambio, Venezuela, sí es un caso de populismo con un fuerte componente de verticalismo militar. En consecuencia, poner bajo el rubro de *populismo* a dos procesos políticos tan distantes, ya demuestra una dificultad muy grande.

La otra cuestión en esta clasificación –en esta clasificación ideologista, que se basa más en proclamas y en registros de tipo de mensajes políticos–, es que se oculta la historia de los países. En realidad, si uno pone atención en dónde surgieron esos regímenes, que son los que más acentuadamente desafían al establishment, tienen más problemas con Estados Unidos y guardan una tensión más constante con el pasado, se da cuenta que surgieron en donde el neoliberalismo y el sistema de partidos tradicionales sufrió un desbande mayor.

En países como Chile, Uruguay y Brasil los sistemas de partidos no se alteraron básicamente y los cambios de gobierno fueron por la vía electoral institucional. En Venezuela, Bolivia y Ecuador el neoliberalismo terminó de un modo desastroso, en primer término; y en segundo término el sistema de partidos hizo implosión irreversiblemente.

Hay algo interesante: en los años 80, con la teoría de la transición, o institucionalista, se ponía a

Bolivia como un modelo. En aquel país gobernaba un verdadero pacto de caballeros, una coalición de partidos en la cual no había ninguna tirantez. Ese sistema tenía un solo problema: funcionaba bien. La sociedad estaba fuera del sistema, no tenía ningún vínculo.

En Venezuela funcionaba el pacto liberal social-demócrata ideal, en donde había una alternancia pacífica y armoniosa, que estaba sustentada en el petróleo y le estalló en las manos a la social-democracia. Ninguno de esos partidos (ni en Venezuela, ni en Bolivia, ni en Ecuador) pudo volver a sentar sus raíces en la ciudadanía. Aunque no desaparecieron los partidos, porque desde el punto de vista formal existen.

El caso argentino

¿Dónde está Argentina en esa clasificación? Es muy difícil decirlo. No somos Chile o Uruguay, que tienen un sistema de partidos que se reproduce así mismo con un nivel de estabilidad y con una tradición política muy firme. En estos países, sumándole a Brasil, el sistema político de partidos no estalló con la crisis del neoliberalismo. En Bolivia, Venezuela y Ecuador sí. En Argentina no estalló ni dejó de estallar, es algo muy curioso.

En el 2003 tuvimos una elección donde el peronismo fue con tres candidatos, ninguno de los cuales pudo llevar en la boleta los símbolos del partido, con lo cual se habla de crisis de fragmentación dentro de un partido que a esa altura tenía casi 60 años de historia. El radicalismo se mantuvo formalmente unido y sacó el 2 % de los votos, un porcentaje de una izquierda marginal. Entonces, con estos signos, se podía decir que había estallado el sistema de partidos tradicionales.

Pero si uno observa los resultados de las elecciones del mismo año en las provincias ,puede ver que todo el país seguía siendo radical y peronista. Lo único que ocurrió, y era lógico que ocurriera, fue que el radicalismo perdió algunos votos en las provincias y el peronismo ganó varias posiciones. De modo que no hubo implosión de sistema de partidos políticos, pero tampoco podemos hablar de nuestro sistema de partidos políticos como un sistema estabilizado, como un sistema que no sufrió cambios desde el 2001 a esta parte.

Más aún, es posible afirmar que lo que puede pasar con el sistema de partidos políticos argentino está por verse. Hay una fuerte puja entre una tendencia a recomponer el sistema bipartidista justicialista y radical; y otros interesados en una renovación de sistema que dé lugar a derechas e izquierdas, que no se sienten representados en ese mapa bipartidista. Por el lado de la derecha podemos hablar de Macri; y en la izquierda sería más difícil encontrar una expresión que la identifique.

La época de la política

Para ir cerrando, me parece que hay otro punto en común del proceso del 2000 hasta aquí. Si yo tuviera que ponerle un nombre a esta época sería “la época de la política” y no necesariamente la época de la izquierda. ¿Por qué digo esto? En algunos años estamos en elecciones en varios países (Brasil, Uruguay, Chile) y no es demasiado seguro que este giro a la izquierda se prolongue; tampoco es seguro que pierdan las izquierdas. El caso de Bolivia y Ecuador está más claro que van a reproducirse en el gobierno las fuerzas populares. En el caso de Brasil, de Chile, y desde ya de Argentina, no se puede saber qué es lo que va a ocurrir, pero creo que más allá del gobierno circunstancial lo que sí ha renacido es la política.

Tanto en la década del 80 –obsesionada por los procedimientos institucionales y por el respeto de la pluralidad y de la competencia política ordenada y civilizada–, como en la década del 90 –obsesionada por reformas económicas– ciertos temas se consideraban como la “ley de gravedad”, como algo que no se discutía. Esa idea de poner los temas y las cuestiones más profundas y más existenciales de la política en términos de objetividad inmodificable es desastrosa para la política democrática. Hoy puede ser que ganen unos o que ganen otros, pero nos damos cuenta que en la política, en las elecciones, en la toma de decisiones, es donde se juegan intereses y valores y que eso no es reductible a un catálogo de buenas técnicas para gobernar.

Esta idea de que queremos buenos gobernantes que se metan menos con la ideología y que resuelvan y sepan hacer las cosas, es una idea televisiva muy en boga, pero responde poco a lo que pasa, porque detrás de un apoyo o una resistencia por una medida –cualquiera sea que se tome–, hay un discurso y hay connotaciones ideológicas que no tienen porqué ser la resurrección del todo o nada, de la revolución o muerte o las ideas catastrofistas que pulularon en los 70; pero sacarle a la política la noción de diferencia, la noción de interés, la noción de conflicto es negarla de plano.

Pensando en términos de educación y política, me ha pasado en determinadas escenas periodísticas donde el periodista le pide a uno que por favor hable de los consensos, porque la gente quiere ver grandes consensos, grandes comunes denominadores. Arman un show donde va gente de distintos pensamientos y los tipos presionan a ver si logran que los dos digan lo mismo, y la política no tiene por qué ser así.

La política conforma consensos desde la lucha, desde el conflicto, desde un conflicto civilizado que no tiene porqué pasar por la violencia. El parlamento es una enorme y genial metáfora de la guerra. La política así entendida, como conflicto y como conflicto transferible en términos democráticos, es la gran conquista de los años 2000 que me parece vale la pena, desde todos los ángulos y muy centralmente desde la educación, defenderla.

Nota

Este texto reproduce la disertación que Edgardo Mocca presentó el 28 de agosto de 2009, durante el Segundo Encuentro de Pensamiento Político realizado en el Salón René Favaloro del Jockey Club de la ciudad de La Plata.

* Licenciado en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires y profesor de la misma. Asesor de la Subsecretaría de Integración Económica del Ministerio de Asuntos Exteriores de la Nación; dirige la revista *Umbrales de América del Sur*, del Centro de Estudios Políticos, Económicos y Sociales. Actualmente se desempeña como columnista semanal en la revista *Debate* y colabora con el diario *Página 12*.

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011
Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires,
Versión digital del artículo publicado en pp. 157 a 164 de la edición en papel.